

18. La memoria cristiana, gusto de la vida

Jesús corrigió enérgicamente a Pedro con el fin de que su libertad no rehuyese la Redención. Pedro, bien o mal, aprendió de la dura lección. Cuando la situación se vuelva a presentar, en el lavatorio de los pies, y Pedro reaccione todavía instintivamente: “¡Tú no me lavarás los pies jamás!” (Jn 13,8a), Jesús no necesitará ya darle un latigazo: bastará una dulce llamada para que Pedro enderece rápidamente el deseo al menos de sentir como Cristo: «Le respondió Jesús: “Si no te lavo, no tendrás parte conmigo”. Le dijo Simón Pedro: “¡Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza!”» (Jn 13,8b-9).

No es necesario que Pedro tenga una libertad sólida, una libertad que no cae, que no reniega, sino una libertad *que se corrige*, que se reajusta a la libertad de Cristo, con humildad y suplicando. Lo mismo acontecerá por otra parte después de la negación: Jesús lo mira y rápidamente la libertad de Pedro se reajusta a la libertad de Cristo, es decir, a su caridad, a su morir y resucitar para él y, por lo tanto, basta llorar, experimentar dolor por el dolor de Cristo, experimentar un sentimiento de sí mismo, de Él y de todo, que corresponda a la Redención, que ofrezca el corazón y la vida a su obra de Salvación.

Estos sentimientos, este sentir y gustar que corresponden a los sentimientos de Cristo Redentor, son una memoria densa al mismo tiempo de todo el misterio de Cristo y de toda nuestra vida. Memoria cristiana, que es eucarística, es decir, una memoria que celebra y renueva el misterio pascual ofreciendo a él y en él toda la realidad creada, la historia, la cultura, nuestra existencia, en resumen, la Iglesia que abraza en la Redención el universo y la humanidad desde el comienzo hasta el fin de los tiempos.

Vivir esta densidad de memoria es la tarea y la belleza de la vida cristiana que la vocación monástica está llamada a cultivar y a expresar con una especial concentración.

La memoria de Cristo no es solo un pensar, un “pensarlo”: es una experiencia global que comprende toda la vida, de modo que la vida misma sea verificación y consistencia de la Realidad conmemorada, de la Redención del mundo en Cristo muerto y resucitado.

Quisiera subrayar algunos aspectos de esta memoria que verifica en la vida los sentimientos del Redentor, aspectos que me parece necesario recuperar siempre, sobre todo cuando miro la situación de la vida religiosa y monástica de hoy.

El primer aspecto es el *gusto de la vida*. Como decía, *phronein* se traduce en español por *sapĕre* o *sentire*, y *sapĕre* quiere decir también gustar, percibir el gusto de algo. Gustar alguna cosa significa que aquella cosa se convierte en un bien para nosotros, una bondad, una belleza para nosotros, en nosotros; que asimilamos su sabor. Dios ha creado el buen gusto de los frutos para invitarnos a comer, a nutrirnos de cosas buenas, y, por lo tanto, a crecer y vivir mejor. Así como ha creado el color y el perfume de las flores para atraer a las abejas, las mariposas o demás insectos. El gusto es para una asimilación positiva que hace crecer la vida, que hace vivir mejor. Vivir con gusto nos hace vivir más, más intensamente aquello bueno y bello para lo que nuestro corazón está hecho y se nos ha dado.

Digo esto, porque me parece que el origen de tanta tristeza e infidelidad a la vocación que se ven en la vida consagrada, pero también en la vida sacerdotal, y en general en la vida cristiana, por ejemplo, en el matrimonio, vienen de una *insipidez*, de una falta de capacidad para gustar la vida, y para gustarla al centuplo, como Cristo nos lo ha permitido con su venida. Y esto es un grave daño no solo para las personas que no tienen esta experiencia, sino para el testimonio de la Redención que en este mundo se sustrae a los demás, a la Iglesia, al mundo. Quien vive con el gusto que la Redención da a la vida, es un experto y un testigo de la Redención como posibilidad de plenitud de vida para todos. *Vivir con gusto* es una misión y es una irradiación, es como el perfume del asado. El perfume es la irradiación del gusto, y una invitación a gustar. San Pablo no escribe por casualidad a los Corintios que somos “el perfume de Cristo” y que Dios “por nuestro medio difunde por todas partes la fragancia de su conocimiento” (2 Cor 2,14-15). Pero lo somos si tenemos sabor. Un asado congelado no exhala perfume, no tiene gusto. Y, entonces, es como si no existiera. A ninguno le dan ganas de comer un asado congelado. Y con frecuencia reducimos la vida cristiana, e incluso la vida consagrada, a algo congelado que ni siquiera gustamos nosotros, ni exhalamos perfume para invitar a los demás a gustarlo. Ciertamente, un asado congelado se conserva más tiempo. Pero también una momia se conserva durante milenios, pero no tendrá jamás el atractivo de una persona viva que te mira y sonrío.

El problema es que con frecuencia se ha mortificado el gusto de la vida en Cristo por temor de aquel gozar de la vida que, como se dice, resbala fácilmente en el pecado. Quizá porque no se comprende la diferencia, sutil pero real, entre gustar y gozar. Diría que el gustar es una intensidad del vivir; el gozar, como se entiende en el lenguaje corriente, es un consumir. Se puede gustar la vida sin consumirla, con respeto, con gratitud, con castidad. Cuando el gustar consume por gozar, destruye la fuente del propio gozo y, por lo tanto, la posibilidad de gustar de nuevo, de continuar a vivir con gusto.

Jesús condenó el goce autorreferencial cuando describió al rico estúpido que se dijo a sí mismo: “Alma mía, tienes a tu disposición muchos bienes, para muchos años; ¡descansa, come bebe y diviértete!” (Lc 12,19). He aquí que tiene mucho asado en el congelador, y pregusta de gustarlo consumándolo sin fin. Pero el problema es que se le quita la vida, y se le quita, más que por parte de Dios, por parte de su posición en el vivir, por su modo de concebir la vida como instrumento de consumación de la alegría más que como lugar para tener experiencia de ella, para gustarla.

¡Qué hermoso el espectáculo de monjes o monjas ancianos que durante toda su existencia han aprendido a gustar de cada instante de la vida, de cada detalle! Emanan un perfume que evangeliza, porque dan ganas de vivir con gusto, con plenitud, y de conocer el secreto de su sabiduría, en el sentido etimológico del término, de su capacidad de gustar lo real. Y el secreto es siempre uno solo: la fidelidad para ejercitar una memoria del sentido de la vida que Cristo ha dado al mundo, que Cristo Redentor nos ha dejado como heredad viva para que tengamos experiencia de ella: “¡Haced esto en memoria mía!”, es decir, ejercitar el sentido y el gusto de la vida que vivo yo y que os dejo con mi Presencia para vivir en vosotros y para compartir entre vosotros.